

Carlos tuvo un momento de emoción, sus facciones se contrajeron, y dijo :

— Si yo no hubiera encontrado más que gente como usted, no sería lo que soy...

— ¡Pues bien, gritó Dauziat con nueva esperanza, redímase usted!

— ¡No, es demasiado tarde, y aunque lo quisiera, no podría conseguirlo!...

El literato hizo un gesto de abandono, abrió la puerta y alejóse.

VII

Eran las dos de la tarde cuando Dauziat regresó á casa de la señora de Descharmais. La joven lo esperaba, la frente junto al cristal de la ventana, sin separar la mirada de la calle y presa de una impaciencia terrible por saber cuanto más antes lo que, según ella, debía decidir de su vida. Vió al escritor bajar de un carruaje, pero completamente solo, y una nube pasó ante sus ojos, sus piernas se doblaron, y pensó :

— ¡Soy perdida! Santiago se niega á venir, puesto que Dauziat no lo trae. Todo acabó, no hay duda; porque si ha resistido á su amigo, no cederá á nadie.

Sin embargo, el ruido de la campanilla, agitada por Dauziat, la hizo saltar del sillón en que se había abandonado, y adelantándose á la criada se

precipitó á abrir la puerta, tomó á Mauricio por la mano, lo arrastró á la sala, é incapaz de articular una palabra, le interrogó ansiosamente con los ojos.

— Tranquílese, Ana, dijo Dauziat; él viene ahora.

— Ana se dejó caer anonadada sobre un sillón, lágrimas de reconocimiento bañaron su semblante, respiró con mayor libertad y le pareció que salía del Infierno para entrar en el Paraíso.

— Trabajo me ha costado, continuó el escritor, porque ha resistido encarnizadamente, mas ya con la certeza de no hallar á nadie en la cita de esta tarde, y con la seguridad que le he dado de que usted le diría toda la triste verdad, al fin accedió. Cuando lo dejé, su tío quedaba con él, y por eso me he adelantado para prevenirla.

La joven dió las gracias á Dauziat con un signo de cabeza. Ahora, que estaba segura de obtener la satisfacción que tan ardientemente deseaba, parecía dominada por el temor. Quedó silenciosa un momento, pensando con dolor que era solamente una implacable curiosidad la que llevaría por una hora á Santiago otra vez á su lado; ¿pero qué importaba el motivo de su vuelta, si al fin iba á

verlo, después de temer que no lo vería más nunca? Luego, cambiando de ideas, preguntó:

— ¿Y mi carta, la entregó usted á quien debía leerla?...

— La he entregado; pero quien debía leerla no la leyó... Fué su hijo...

— ¿Estaba presente?

— No: vagaba sin duda en la habitación contigua, y al oír pronunciar el nombre de usted, entró sin precaución ninguna, como una bala de cañón, le arrancó el papel de las manos á su madre, y sin ocuparse de mi presencia leyó la carta... Bien es verdad que inmediatamente después me ofreció desbaratarme la cara... ¡No cabe duda que es un personaje muy amable!

— ¿Y qué hará?

— Una carnicería, si le dan tiempo.

— Le he dado de plazo hasta esta noche, si se decide á partir, y no cambiaré de idea ni retrocederé... Ha tenido la libertad de decidir de su suerte, y no mereceré reproche ninguno...

— Tenga mucho cuidado, porque tiene más animosidad contra usted que contra Santiago...

— ¡Tanto mejor!... Pero no le temo; bien lo sabe él...

— Lo sabe demasiado, y eso es lo que lo vuelve loco.

Ana tuvo un gesto de inquietud, y mostrando á Dauziat el rostro sereno :

— ¿ Santiago no ignora que usted está aquí?

— Seguramente que no.

— Entonces, ¿ conoce la parte que ha tomado usted en estos últimos incidentes?

— La conoce.

— Así, pues, espero que no dudará que usted me juzga más favorablemente.

— No le he ocultado nada de mi opinión respecto á usted.

La joven quedó un instante meditabunda. Sin duda medía las consecuencias posibles del apoyo prestado por Dauziat, y su frente pálida se inclinó sobre su pecho, aunque su fisonomía continuaba revelando un contento interior.

El rodar de un coche que se aproximaba, luego la brusca detención del mismo ante la casa, y por último, el golpe seco de la portezuela al cerrarse, hicieron incorporar á la joven y exclamar sin alegría y como con aprensión :

— ¡ Ahí está Santiago!

— Pues bien, me retiro, dijo el literato; entre usted y él no hace falta nadie.

Y como la campanilla de la puerta de entrada hubiera sonado ya, se alejó sin aguardar á que Ana le respondiera.

En la sala se dejó oír el brusco paso de un hombre agitado y nervioso : Ana, respirando fuertemente, con violentas palpitaciones en el corazón, pero con el espíritu lúcido, entró en dicha pieza y vió á Santiago de pie, inmóvil, mudo, pálido y frío, como si fuera la viva representación de la tremenda lucha de los sentimientos más íntimos y nobles. Éste la dejó llegar hasta él, mas como tratara, en un irresistible impulso de toda su ternura, de tomarlo por los hombros y rodearlo con sus brazos, le puso suavemente pero con firmeza la mano sobre el pecho, reteniéndola á distancia y mirándola con un aire tan triste, que una desesperación terrible se apoderó de la joven pensando todo cuanto aquel hombre sufría por causa suya. Lo forzó á sentarse, y cayendo de rodillas ante él, logró apoderarse de una de sus manos, apoyar en ella la frente y bañarla con el diluvio de sus lágrimas. De su oprimida garganta no podía salir palabra ninguna : quería explicarse,

excusarse, defender pasionalmente su causa, pero al fin no pudo otra cosa que balbucear estas palabras entre sollozos asfixiantes :

— ¡Santiago!... ¡oh, Santiago mío!...

El joven la vió tan desgraciada, tan abatida, tan humillada y contrita prosternada ante sus pies, que abandonando momentáneamente su impo- nente frialdad, le dijo :

— Levántese usted, Ana, y trate de estar más razonable : usted me atormenta cruelmente y se causa mucho daño.

Ella se levantó, y lanzándole una mirada febril :

— ¡Yo?... ¡Qué importa!... Sufiré cien veces contenta por evitarle un disgusto... ¡Le amo á usted tanto!...

Él la interrumpió con un gesto, y moviendo dolorosamente la cabeza :

— ¡Y, sin embargo, Ana!...

Ella, abrazándolo con una fuerza extraordinaria, le respondió :

— ¡Oh, no digas que no te he amado, ni pienses que no te amo más que á todo, más que á mi vida!... Si te hubiera amado menos...

— ¡No hubieras sido una criminal, desgraciada! gritó Santiago.

— Los ojos de Ana se agrandaron, en su fisonomía se dibujó una exaltación terrible, y con acento que hizo vibrar los nervios del joven :

— ¡Pues bien, sí, es verdad!... ¡Á ti lo he subordinado todo!... ¡Y ya ves cómo soy castigada, pues me hieres en mi amor mismo!... ¡Oh, Santiago, si supieras!...

— Lo que sé ya es bien horroroso... Sin embargo, no lo sé todo, y todo quiero saberlo... Me has mandado decir que serás sincera, que me dirás la horrible verdad que busco hace un año, adivinándola sin poder penetrarla toda... ¡Quiero conocer todos los detalles — ¿me oyes bien? — todos!... ¡Habla!... Gana, pues, mi indulgencia, si es posible todavía, pero dilo todo, lo mismo lo horrible que lo infame... ¡Muéstrame tu cómplice tal como es, que tengo el derecho de, odiándolo más todavía, detestarte un poco menos!...

— ¡Oh, Santiago, detestarme tú!... ¡Eso es imposible!...

— ¡Sí, gritó furiosamente el joven : si ese bandido no es el más horroroso de los monstruos, entonces tú eres la más despreciable de las criaturas!... ¡Por lo tanto, defiéndete, cárgalo de acusaciones y haz resaltar tu inocencia!...

— ¡Cobarde tarea! dijo Ana entre sollozos, cayendo de rodillas y cubriéndose el rostro con las crispadas manos.

— ¡Menos cobarde que el crimen cometido!... Vamos, ¿estás decidida á confesar?

Y luego inclinándose hacia ella y con voz temblorosa y baja :

— ¿Fué él quien mató á mi pobre mujer?

Ella bajó la cabeza haciendo un signo afirmativo.

— ¿Por qué?

Ana se descubrió bruscamente con los ojos inflamados :

— ¡Porque yo te amaba!

— ¡Cállate, miserable! gritó Santiago con rabia : ¡no pretendas hacerme cómplice de esa muerte, diciendo que fué cometida indirectamente á causa mía! ¡Que no te escuche repetir esa infamia, ó no respondo de mi paciencia!...

Cárdeno, temblando y en el paroxismo de la cólera, se levantó formidable, y Ana, que en las horas de miedo lo había visto justiciero implacable, no se lo imaginaba tan terrible : parecía presto á todas las violencias, y ese ser débil, una vez arrastrado á los actos extremos, no podría de-

tenerse. Entonces la joven le dijo con aflicción profunda :

— ¿Cómo tendré valor para contártelo todo, si no tienes la fuerza para escucharme?

Él se pasó la mano sobre la frente bañada en sudor, y luego dijo dominándose.

— ¡Es verdad! Así también, ese bandido, que ha quedado impune y que me amenaza todavía, ¿es tu amante?

Ella protestó con pasión, como si de eso fuera de lo que más tenía que defenderse :

— ¡Yo lo he sufrido con horror!... ¿Pero mi amante? ¡Justo cielo, oh, no : yo no he tenido nunca otro amante que tú, mi querido, mi adorado!...

— ¡Basta de mentiras y de comedias!... ¡Usted lo ha sufrido y lo sufre todavía!... ¡El la ha poseído á usted cada día de nuestra unión, cuando lo ha deseado y donde ha querido, y yo he estado expuesto al contacto degradante y continuo de ese ser inmundo!... ¡He ahí el amante adorado que he sido para usted!... Mas ¿qué influencia inexplicable tiene sobre usted ese monstruo? ¿de qué abyección ha sido hecho el lazo que ata al uno con el otro?

— Ha sido hecho de nuestro común origen, tan bajo y tan triste, y de nuestras comunes miserias. Hablas severamente, pero con razón, porque he sido muy culpable; ¡mas si supieras cómo esas desdichas vienen, por qué promiscuidades son preparadas y por qué perversos ejemplos pueden ser ejecutadas!... Escucha: nosotros, pobres niños nacidos de gente agriada por la miseria y la incredulidad, exaltada por los ensueños quiméricos, crecimos sin religión, sin moral, entregados á la casualidad de la existencia... Para continuar bien es necesario que se nos ayude, que se nos aconseje y que se nos acoja... No conocemos más que el vicio, no nos atrae más que el placer, é ignoramos el deber... Es así como se forman los lazos que con justicia llamas execrables... Fáciles de anudar, pero casi siempre imposibles de desatar... ¡Una hora de olvido y de abandono los establece, los años no son luego suficientes á sus traernos y quedamos por toda la vida prisioneros de la primer falta cometida!...

Mientras que Ana se lamentaba de esta manera, Santiago recordaba el cuadro que Dauziat le había presentado la víspera, de esas bajas capas de la clase popular en que se desarrollan las mujeres

consagradas á la vida galante y los hombres destinados al crimen. Admiraba la exactitud y observaba que las indulgencias del literato se fundaban sobre las mismas razones que las excusas de la joven. Pero en su corazón ulcerado la cólera dominaba la piedad, y á la par que Ana se defendía con calor de la acusación de haber amado á su cómplice, Santiago se enfurecía confundiéndola con él en sus graves cargos:

— ¡Sí, repetía, y cuando se necesita de un bandido para ejecutar un crimen, el amante se transforma en asesino!... ¡Y las complacencias más viles son el premio del crimen que se le ordenó!...

— ¿Ordenar?... ¡Jamás! gritó Ana.

— ¿Y quién, pues, le designó al matador esa víctima, quién tenía interés en que fuera asesinada?... Vamos, confiese usted con valor, que eso valdrá más que decir la verdad á medias...

— ¡Él lo hizo sin mi consentimiento!

— Pruébelo usted.

— ¡Solamente él podrá decirlo, pero no lo dirá, porque es muy grande el deseo que tiene de separarnos y de perderme!

Y se torcía los brazos presa de una desespera-

ción terrible, pero Santiago, encarnizado é implacable, continuó :

— ¿Cómo supo él que yo me casé y que usted estaba desesperada?...

— ¡Por mí!... ¡Oh, que no pudiera yo, á precio de mi vida, hacer que ciertas palabras imprudentes no hubieran sido pronunciadas!... ¡Sí, lo supo por mí, pero nada le pedí, nada le aconsejé, y ejecutó sin que yo lo supiera!

Santiago prorrumpió en una risa horrorosa :

— ¡Vaya una buena razón! ¿Qué podré creer? ¡Usted me toma por un inocente!... Sus invenciones son demasiado groseras... ¡Vaya á contarles semejantes cosas á los jueces, y ya verá como le cortan á usted la cabeza!

— ¿Qué tengo que ver con la opinión de los otros? Lo que me interesa es convencerte.

— ¡Nada me hará creer otra cosa, sino que el crimen fué cometido en provecho de usted; nada demostrará que usted no ha recibido el beneficio! Cómplice ó no materialmente, es usted culpable moralmente, y la sangre derramada por su causa ha saltado sobre usted. ¡Eso es lo que no podré olvidar jamás, eso es lo que me llena de repugnancia y de horror!... ¡Nunca la hubiera vuelto

á ver á usted, si no me hubiese mandado suplicar que viniese!... Antes de irme, ¿qué tiene que decirme todavía? Concluya pronto, que estoy impaciente por salir de su presencia!

Ella elevó las manos :

— ¿Cómo tú, que me conoces tanto, puedes acusarme? ¿Soy tan falsa é hipócrita, que durante un año he abusado de ti hasta el punto de que me hayas amado, sí, porque tú me amas?

— ¡Es de eso de lo que te acuso más! gritó Santiago.

— ¿Alguna vez me has visto mala ó perversa?

— ¡Usted detesta hasta la memoria de su víctima!

— ¡Ay!... ¡Era que te veía tan afligido y desgraciado por su pérdida, que hubiera querido hacértela olvidar! No sabrás nunca todo lo que he sufrido pensando que se te había hecho un daño tan cruel por causa mía. Por eso — no te lo niego, lo sé bien y yo misma te lo digo — si hubiera sido una perversa, una vez vengada, puesto que han querido vengarme y crees que he ordenado esa venganza, no tenía que hacer más sino separarme de ti y no volverte á ver nunca, satisfecha de haber castigado y respetando el misterio del

crimen cometido. Lejos de eso, te busqué, te volví á ver y á aceptar, y mi única preocupación ha consistido en curar la herida de tu corazón, de desterrar de tu pensamiento el recuerdo, la pena dolorosa de la que te fué arrancada. Cuando me veías triste, agitada, febril, era porque desesperaba de lograr que la sombra de mi rival desapareciera. Ese ha sido mi tormento de todas las horas, una angustia que no me ha abandonado nunca, con la cual he vivido miserablemente y que me lleva hasta envidiar la suerte y el reposo de la mujer que lloras... ¡Oh, yo he expiado el crimen aunque no lo he cometido, y lo he hecho todo por obtener el perdón por medio de un amor exclusivo! Hubiera dado mi vida por escucharte pronunciar la palabra que debía absolverme, esa palabra que me hubiera demostrado que — amado por mí — no echabas de menos ni te apesadumbraba nada. ¡Mas no he podido lograrlo: no me perdonas, y al contrario, me condenas; no tengo que pensar más que en desaparecer!

— ¿Ahora quiere usted amenazarme con el suicidio? ¿no son bastantes los horrores sufridos por su causa?

— ¡No te he amenazado: te preguntó una vez

más y de rodillas, si me crees culpable y si te niegas á absolverme!... ¡Ay, reflexiona antes de hablar, mide tu respuesta!... ¡Se compasivo!... ¡sé justo!...

Entonces se prosternó sobre la alfombra, y con su rubia cabeza tocando los pies del joven, gritó desesperada:

— ¡Gracia, Santiago, gracia! ¿Qué será de mí si me abandonas?...

Y él, pálido de dolor y de cólera, le respondió con dureza:

— ¡Entonces usted volverá á unirse á su bandido!

La joven se incorporó, y con una calma súbita, lanzando sobre Santiago una mirada de reproche:

— No tendré necesidad de ir á él; él vendrá á mí.

Y como si estas palabras tuvieran el don de evocar á aquel á quien se aludía, un violento rumor se escuchó en la pieza vecina: la voz ruda de un hombre que amenazaba, el acento agrio de una mujer que protestaba, y la puerta de la sala súbitamente abierta por una brusca cabezada, dejó ver á Carlos rechazando á la criada, que hacía por impedirle la entrada.

— ¡Señora! ¡señora! gritó ella. Pero no tuvo tiempo de pronunciar una palabra más: Carlos le cerró la puerta en las narices, y entonces solo y frente á la joven y á Santiago, el bandido hizo un gesto de satisfacción, y dirigiéndose á ella con autoridad amenazadora:

— ¡Vete á tu habitación, que necesito hablar con el señor!

Ana permaneció inmóvil entre los dos hombres que adivinaba en el paroxismo del odio y de la cólera: le parecía que una palabra, un movimiento, iba á ser la señal de una lucha formidable, la cual una vez empeñada terminaría por la muerte del uno ó del otro, y ya se imaginaba con Santiago tendido á sus pies y perdiendo la sangre por la boca de una terrible herida, y al asesino riéndose siniestramente delante de ella. Hubiera querido lanzarse á la ventana, abrirla, pedir á gritos socorro, pero no pudo moverse, ni siquiera agitar sus labios; tal era el terror que la había paralizado. Carlos, viéndola en aquella inmovilidad, le repitió:

— Vete á tu habitación, María Ana, que nos estorbas para hablar.

Y avanzando osadamente, le puso la mano en el

hombro, y empujándola trató de obligarla á que abandonara la sala; pero al sufrir ese contacto á los ojos de Santiago, Ana sintió una vergüenza tal, que sacudiendo con soberbia la postración que la avasallaba, le gritó:

— ¡Miserable, no me toques!

— ¡Hola! ¿Esas tenemos? Ahora vamos á verlo...

Pero no tuvo tiempo de continuar: Santiago, apoderándose de un taburete de madera dorada que estaba junto al piano, se lo arrojó con violencia tal, que le causó un terrible golpe en la cabeza. El bandido reculó como un buey aporreado, mas recuperando fuerzas y con un sordo murmullo, sacando de la faltriquera un temible cuchillo, se abalanzó sobre Prévinières: éste lo recibió á pie firme, le descargó otro golpe con el taburete, que saltó en pedazos, y cogiendo la mano del asesino se esforzó en arrancarle el arma.

Así lucharon entre gritos furiosos, mientras que Ana seguía las peripecias del combate con mirada de loca: rodando por el suelo buscaban el modo de ahogarse ó de apuñalearse, y tan pronto parecía que el uno ó el otro iba á resultar

vencedor. Al fin, Carlos alcanzó ventaja, logrando contener á su adversario, agotado, jadeante, estertoroso, y ya iba á clavarle el cuchillo, cuando Ana, dando un grito agudísimo, se lanzó sobre él: éste quiso rechazarla, mas ella, conociendo que era la parte más débil en la nueva lucha surgida y que la mano armada iba á chocar contra el pecho de su amante, con sus hermosos y blancos dientes — rechinantes en ese momento como los de un tigre — mordió convulsa y furiosamente el puño que la rechazaba.

Carlos lanzó un aullido de rabia, y tomando el arma con la mano izquierda la levantó con fuerza y la hundió en el cuello de Ana, cuyo vestido en un instante se cubrió de sangre. Pero aunque gravemente herida, no separó sus dientes del puño del bandido, sino que tirando violentamente hacia atrás, puso á Santiago en condición de incorporarse.

Al mismo tiempo la horrorosa escena cambió de aspecto: por la puerta de la habitación acababa de entrar Dauziat, quien de un salto cayó sobre Carlos, lo agarró con furia por la garganta y lo redujo á la impotencia dominándolo contra la pared. Santiago, tomando á Ana entre sus brazos,

la colocó sobre el canapé y con precauciones sin cuento se esforzó en retirarle de la herida el cuchillo, que le había entrado hasta el cabo.

De la garganta de la joven, traspasada por la terrible hoja, salía un verdadero chorro de sangre. Al fin, con mano más segura y tranquila, Santiago consiguió extraer el arma; pero el dolor fue tan atroz, que Ana abriendo los ojos dió un grito desesperado. Mas reconociendo al que amaba y por quien se sentía morir, tuvo el valor necesario para sonreír y tomarle una mano que llevó á su boca.

No podía hablar, pero sus miradas expresaban con tanta claridad el gozo que sentía viendo ileso á aquel por quien había tan ardientemente luchado, que Santiago no pudo contener sus lágrimas, y olvidando las debilidades, las faltas y el crimen, para no acordarse más que de la ternura, de la valentía y de la abnegación, posó sus labios sobre la pálida frente de la moribunda.

— ¡Oh, me has perdonado! murmuró.

Y después quiso incorporarse, aproximarse á Santiago, abrazarlo y expirar teniéndolo ya reconquistado; pero sus brazos desfallecieron, una sombra obscureció su semblante, y lanzando un profundo suspiro se desplomó hacia atrás.

— ¡Gran Dios, ha muerto! exclamó Prévinières.

Dauziat, dejando su prisionero, se acercó, puso la mano sobre el corazón de Ana, y sintiéndolo latir, dijo :

— ¡No, está viva! Llémosla á su habitación...

Luego, llamando con precipitación, ordenó á los criados que iban y venían aturdidos :

— ¡Inmediatamente : un médico!...

Levantaron después á la joven, y con infinitas precauciones la pusieron en su cama.

Mientras, en la sala, donde, debido á la lucha, todo yacía en una confusión y en un desorden indescriptibles, no había quedado nadie : los criados estaban buscando los auxilios y Carlos había desaparecido.

VIII

Durante diez días Ana estuvo entre la vida y la muerte. Una noche la vió Santiago con una fiebre tan alta, tan decaída é incapaz ya de resistir sus dolores, que mandó buscar á Dauziat y le rogó que velara con él, porque temía hallarse solo en el momento en que ella rindiera su último suspiro. La joven deliraba llamando á grandes gritos y sin cesar á su amante, á quien imaginaba en marcha para la cita que le había dado Carlos.

Vanamente el joven le hablaba, tratando de sacar su espíritu de las ideas vagas, tenebrosas, pobladas de quimeras en que se perdía flotando : ella no escuchaba su voz, no reconocía su semblante, y en vez de eso, lo tomaba por el asesino, lo rechazaba, lo insultaba y se esforzaba en escapar de él. Y este estado era tan doloroso para él y tan funesto para ella, que Santiago tomó el